

LA ALEGRÍA DE ENSEÑAR

José Antonio García Fernández,

Departamento de Lengua y Literatura

Comparto con Pilar y Begoña, compañeras que ahora se jubilan, algunas cosas. Con Begoña, bibliotecaria, el amor por los libros, la lectura, el cine... Con Pilar, compañera de departamento, además de especialidad docente, un apellido que, si frecuente en las Españas, exhibe orgulloso su lema heráldico: “De García arriba, nadie diga”. Con ambas, la pasión de enseñar.

En el instituto hemos sido colegas poco tiempo, apenas un curso escolar, pues yo he ido a llegar cuando ellas terminaban su carrera. Así es la vida, el encadenarse de las generaciones, unos llegan y otros van. En cuanto me propusieron que escribiera unas líneas acepté, pues la jubilación me parece —nos parece cuando estamos en activo— un sueño lejano que anhelas alcanzar, si bien cuando se acerca lo ves como simple escalón, otro hito de la biografía que vas escribiendo a lo largo de la vida. Ojalá que, para Pilar y Begoña, esa nueva etapa esté llena del júbilo que merecen, primeramente como premio a su labor docente, tarea de Penélope siempre inacabada; y después, porque dos maestras de Palabras no debieran contradecir a la Madre Etimología: Alegría, pues. Leticia jubilar.

Alegría... y también memoria. Seguro que nuestras amigas recordarán alguna vez, al cabo de los meses, la suave rutina escolar, el vaivén de los días lectivos con sus horarios, sus recreos, los gritos de los alumnos, los buenos y malos momentos en las aulas... *Monotonía de lluvia tras los cristales...* ¿Qué quedará de aquello? Los temas y explicaciones, los premios y castigos, tantas risas y llantos... ¿qué se hicieron? ¿Permanecerá algo en las mentes juveniles? ¿Subordinadas, coordinadas, participios? ¿Garcilasos, Quevedos y Manriques, *Ubi sunt?* Decía Rubén Alves que “enseñar es un ejercicio de inmortalidad” y Pedro Laín, que sus discípulos le alargaban la vida. ¡Qué bonito pensar así: el maestro sobrevivido en sus epígonos!

He imaginado muchas veces cómo sería mi vejez. Quizás sea una tontería, pero no he querido dejar de hacerlo. A mí me gusta verme con los surcos de la edad, sentado en un sillón, orgulloso del trabajo realizado, pleno y sabio, rememorando el pasado y diciendo con Neruda: “confieso que he vivido”, para añadir a continuación: “...he vivido porque he enseñado: fui maestro, tengo discípulos”. Acude a mi memoria una entrevista con Torrente Ballester, la vi en la *tele* hace tiempo; afirmaba eso precisamente el escritor, que en su vida lo importante, con haberlo sido escribir, había sido la docencia: la alegría de enseñar.

Porque, vamos a ver, ¿qué es eso de la vocación docente, el oficio de profesor? A veces, pienso que no somos personas normales los enseñantes. ¿Es normal que un cincuentón siga yendo a clase cada día con la carpetina bajo el brazo, *Dónde vas, chicotón, Pues al cole?* Me pregunto si no estaremos condenados a una adolescencia perpetua, a un espasmo hormonal continuo que nos impide, como a Peter Pan, crecer y ser gentes de pro. Tenemos algo de niños y esa visión crédula en un mundo mejor, en una sociedad más justa, en los valores humanos, es la que transmitimos a los alumnos. Como Don Quijote, luchamos contra gigantes, endriagos y malandrines; desfacemos entuertos, criticamos injusticias, predicamos el diálogo y el valor del esfuerzo; creemos en la paz, el comercio justo y el consumo responsable; y, por supuesto, en la educación y la palabra.

Un amigo sostiene que estamos medio chiflados, acabamos mimetizando a los alumnos a los que damos clase. Para los de Infantil, todo son gomés, colorines, bolitas, redondeles y *chulibolis* Ruiz de la Prada. A los de Primaria, a poco que te descuides, te los encuentras subidos a los árboles o jugando al balón con los críos o sentados en el parque cogiditos de la mano y cantando a grito *pelao* “Meri tenía un corderito”. Y los de Secundaria, todo el día con adolescentes, vivimos eterna *edad del pavo*, nos amigamos o enfadamos por cualquier gilipollez, un día salimos de clase dando un portazo, otro lloramos como borregos o nos emocionamos con naderías. ¡Esos benditos-malditos alumnos, que nos mantienen siempre-jóvenes, siempre-histéricos!

Lo bueno de ser *profe* es que todo cuanto lees, lo que aprendes, cuanto vives, experiencias de vida y lectura, puedes volcarlo en las clases. Y no solo las cosas de tu asignatura, sino también aficiones, gustos, opiniones... Estamos fuera del sistema

productivo, no nos pagan por fabricar tornillos o coches, o por sellar expedientes. Lo que hacemos es cultivarnos, vivenciar, experimentar. A cambio, la sociedad nos pide que compartamos cuanto aprendemos con los discentes; sobre la base de un programa, claro, que si no desvariamos mucho; y sobre el entendido de eterna pobreza, pues ministros, consejeros y alcaldes tienen la manía de imaginar que trabajamos por amor al arte y casi ni comemos. Cuando algún docente encuentra el camino de un hacer eficaz, cuando conecta con sus alumnos y comunica ese plus vivencial que es prosa de experiencia, aparece el maestro entrañable, mágico, magistral. La excelencia profesional.

Los alumnos recuerdan siempre a sus maestros, nos recuerdan como nosotros recordamos a nuestros dómynes de antaño. Querámoslo o no, dejamos huella, marcamos impronta más o menos duradera. Y ya que nos van a mentar, mejor que sea para bien: que lo bueno supere a lo malo. Así que hagamos concienzudamente nuestra tarea, por nosotros mismos y por aquello de no avinagrar los recuerdos del prójimo, que es cosa fea y como de acre sabor.

Un verano que volví a Oviedo, me pasó algo bonito que me gustaría contar. Iba con mi hija Elena paseando por una plaza cercana a la catedral, puro ambiente vetustense, cuando me encontré con un señor mayor, cojo y de pelo cano, que me resultó familiar. Estaba más viejo y se movía aún peor, con evidentes esfuerzos cada vez que daba un paso apoyado en su bastón. Era el tendero de *La Pongueta*, la tienda donde comprábamos cuando era un crío, el negocio de ultramarinos cercano a nuestra casa. Nos saludamos, *Hombre, qué tal, cuánto tiempo, aquí mi hija, qué guapa...*, y antes de despedirnos, dijo con afecto: *¡Cómo me ayudabais tu hermano y tú!* Aquel señor que se movía con dificultad, una pierna más larga que otra, se ganó la vida durante lustros llevando pedidos a domicilio, subiendo y bajando escaleras cargado con botellas, sacos de patatas, cestos de fruta..., sufriendo por una limitación física a la que no podía sucumbir por mantener su clientela. Cuando venía a nuestra casa, mi hermano y yo solíamos coincidir con él en el portal, más o menos a la salida del colegio, y le ayudábamos a subir el pedido semanal, *Traiga, no, por favor, faltaría más, deje, déjenos a nosotros...* Muchos años después, el hombre aún recordaba tan magra ayuda. En su mirada de aquel día, tuve la mejor representación de agradecimiento que me ha ofrecido hasta hoy la vida. Mi aspiración como profesor es que alguna vez, alguno de

mis alumnos, dentro de algunos años, me recuerde con cariño. Que pueda decir de mí, como aquel tendero: *Cómo me ayudaste*.

Al poeta Juan Ramón, *Y yo me iré, y se quedarán los pájaros cantando*, le dolía que, tras su ausencia, el mundo siguiera su paso sin recordarlo. Gracias a su poesía, consiguió esa suerte de inmortalidad que da el recuerdo. Para los docentes, nuestra baza mejor de perdurar son los alumnos. Ellos son los “pájaros” que cantan, y a veces graznan, y hasta rebuznan. Pero con un poco de caridad “desasnatoria”, algún día cantarán bonita canción que puede hayan aprendido en nuestra clase, a lo mejor sin darnos cuenta, un día cualquiera, aquella vez que contamos un chiste o leímos un poema o solucionamos un problema...

La mejor pedagogía es el cariño. Somos docentes porque enseñamos, maestros para tener discípulos y profesores pues profesamos. Los alumnos son nuestra fe: sin ellos, no hay mañana.

Pilar, Begoña, salud. Y memoria. Y júbilo, mucho júbilo para gozarla.